

MUNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

SUMARIO

Portada, por Hipólito Hidalgo de Caviedes.—Pág. 4: REFINERIA DE PETROLEOS EN CARTAGENA.—Pág. 7: SUMARIO, y "AQUELLA TIERRA ARGENTINA Y LOS ARGENTINOS", por Jacinto Miquelarena.—Pág. 11: "LOS RETRATOS DE LOS REYES DE ESPAÑA", por el Duque de Alba.—Pág. 15: "CUENCA" (España), por Federico Muelas.—Pág. 19: "CUENCA" (Ecuador), por Ernesto La Orden.—Pág. 23: "MISIONES DE ESPAÑA EN CALIFORNIA", por James M. Keys.—Pág. 27: "NUESTRO PLANETA VISTO DESDE EL ESPACIO", por Ricardo Munaiz.—Pág. 30: FAMILIAS NUMEROSAS ESPAÑOLAS.—Pág. 32: "EL MUNDO PASA POR BARAJAS", por Esteban Blasco.—Pág. 34: "HA NACIDO UN DESCENDIENTE DEL GRAN MOCTEZUMA II", por Blanca Espinar.—Pág. 35: "LA REGION DE LOS CAZADORES DE HOMBRES".—Pág. 37: "HUELLAS DE ESPAÑA Y HEROISMO PARAGUAYO", por Miguel Cordero.—Pág. 38: "ESCENAS DE CAZA", por el pintor Calvet y el Conde de Yebes.—Pág. 39: "CHOPIN EN MALLORCA", por J. M. Pérez Lozano.—Pág. 42: BELLEZAS LIMEÑAS.—Pág. 44: "EL XIV CAMPEONATO MUNDIAL DE TIRO AL PICHON", por Valentín González.—Pág. 46: TRENES EN MINIATURA.—Pág. 47: "DIEZ AÑOS DE LITERATURA ESPAÑOLA", por Juan Aparicio.—Pág. 51: BIBLIOGRAFIA.—Pág. 54: NUESTROS COLABORADORES.

EMPRESA EDITORA:

EDICIONES "MUNDO HISPANICO" - ALCALA GALIANO, 4 - MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 18 - MADRID

DIRECTOR:

ROMLEY (MANUEL M.º GOMEZ COMES)

CONSEJO DE REDACCION:

PRESIDENTE: ALFREDO SANCHEZ BELLA
VOCALES: LUIS MARTINEZ DE FEDUCHI
MANUEL JIMENEZ QUILEZ
MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS
ANGEL ANTONIO LAGO CARBALLO

REDACTOR JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO
SECRETARIO DE REDACCION: RAIMUNDO SUSAEТА

PRECIOS

Argentina.....	Pesos	2,50	Honduras.....	Lempiras	1,00
Bolivia.....	Bolivianos	25,00	México.....	Pesos	3,50
Brasil.....	Cruceiros	10,00	Nicaragua.....	Córdobas	2,50
Chile.....	Pesos	20,00	Panamá.....	Balboas	0,50
Colombia.....	Pesos	1,00	Paraguay.....	Guaraníes	2,00
Costa Rica.....	Colones	3,25	Perú.....	Soles	3,25
Cuba.....	Pesos	0,50	Portugali.....	Escudos	12,00
El Ecuador.....	Sucres	7,50	Puerto Rico.....	Dólares	0,50
El Salvador.....	Colones	1,25	R. Dominicana.....	Dólares	0,50
España.....	Pesetas	12,00	Uruguay.....	Pesos	1,00
Filipinas.....	Pesos	1,50	U. S. A.....	Dólares	0,50
Guatemala.....	Quetzales	0,50	Venezuela.....	Bolívares	1,75

Demás países, sobre pesetas 12,00

REDACCION Y ADMINISTRACION:

ALCALA GALIANO, 4 - TELEFONO 23-05-26 - MADRID
APARTADO 245 - DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

PROHIBIDA la reproducción de textos e ilustraciones siempre que no se señale que proceden de MUNDO HISPANICO

Los nombres o caracteres representados por los personajes que aparezcan en los trabajos de creación literaria son imaginarios; cualquier parecido con personas reales será mera coincidencia.

AQUELLA TIERRA ARGENTINA Y LOS ARGENTINOS

En junio de 1580, hace 369 años, Juan de Garay fundó la ciudad de Buenos Aires. Para conmemorar este aniversario, y también como homenaje a la gran Argentina, que el día 25 de mayo celebra su Fiesta de la Independencia, ofrecemos, en estas cuatro páginas, un interesantísimo trabajo de nuestro colaborador Jacinto Miquelarena, conocedor profundo del pueblo argentino.

ULRICO Schmidl, un alemán que parte en 1535 de Sanlúcar de Barrameda como mercenario en la flotilla del primer adelantado del Río de la Plata, D. Pedro de Mendoza, es, aproximadamente, el primer corresponsal de Prensa en Buenos Aires. Tan buen corresponsal, tan anticipado y oportuno, que asiste y contribuye nada menos que a la fundación de la ciudad. Un historiador argentino, Enrique de Gandía, asegura que Ulrico Schmidl es ya inmortal, y no porque su libro de anotaciones y observaciones—"Derrotero y viaje a España y las Indias"—sea una obra fundamental en la historia de la conquista del Río de la Plata y Paraguay, pues los documentos han superado todo lo que puede dar su información, sino porque su obra es la voz más amplia, más honda y humana que en la lejana Europa—fuera de España—evocó las gestas de D. Pedro de Mendoza, Domingo de Irala y Alvar Núñez, el caminante de América".

Como corresponsal, sin saberlo—en el estilo de Molière—, tiene la suerte de registrar noticias como éstas:

"Hemos levantado un asiento al otro lado del río Paraná, y este asiento se ha llamado Buenos Aires, que, dicho en alemán, es "buen viento". Era un lugar de indios querandís, como de tres mil hombres formados, con sus mujeres e hijos, y nos han traído pescado y carne para comer."

"Nuestra gente, luego, no tenía qué comer y se moría de hambre. Fué tal la pena y el desastre del hambre, que no bastaron ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas. Tampoco los zapatos y cueros. Todo tuvo que ser comido."

"También ha ocurrido entonces que un español se ha comido a su propio hermano, que estaba muerto. Y esto ocurrió el día de Corpus Christi, en el año de 1535."

Grandes noticias eran aquéllas, y no las que generalmente encuentra un corresponsal de hoy en las ciudades después de penosas excavaciones en las superficies urbanas, aparentemente cotidianas y flúidas. Por suerte para Ulrico Schmidl como narrador, los querandís, después de haberse mostrado en principio como tropa de paz, más bien adúladora, les tomaron demasiadas confianzas a los hombres de D. Pedro de Mendoza y, pareciéndoles pocos, comenzaron a enviarles flechas incendiarias y a sacudirlos con las boleadoras. Parece que cercaron a los españoles, en ocasiones, hasta 23.000 hombres, en forma tan testaruda, que los españoles tuvieron, por último, que abandonar aquel embrión de ciudad, que sólo era un amasijo de chozas, empalizadas, y dejar las cosas como estaban. En aquel punto, aproximadamente, nació la gloria de D. Juan de Garay, "el Vizcaíno", quien cuarenta y cuatro años más tarde fundaba la ciudad de nuevo, porque era fatal, geográficamente, que allí, en la margen derecha del gigantesco Río de la Plata, habría de clavarse un puerto.

* * *

Yo llegué a él mucho después, aunque algunos no crean que fué tan después, y llegué dos veces: en 1912 y en 1942. Es importante que diga esto, porque significa que soy un hombre que ha vivido, primero, en un Buenos Aires de un millón y medio de habitantes y en una Argentina de siete millones de seres, y solamente treinta años más tarde, en un Buenos Aires—el llamado hoy gran Buenos Aires—de cerca de seis millones de almas, casi tantos como había en toda la República en ocasión de mi primer viaje, y en una Argentina de dieciséis millones. Este es el ímpetu, la fuerza de aquel país. Y ésta es, en síntesis, su vertiginosa, su inconcebible marcha en la primera mitad de nuestro siglo.

* * *

Buenos Aires presenta hacia el 900 su dimisión de gran aldea, y derriba, destruye, pulveriza, con esa crueldad de los hombres y de los pueblos jóvenes, gran parte de su edificación colonial y del pasado inmediato de sus primeras preocupa-

ciones municipales. Caen en escombros hasta el Cabildo, en la revolucionaria y liberal Plaza de Mayo, que luego ha debido ser reconstruido en un acto de contrición. Y un bulevar flamante, que llega de París como los niños, parte por gala en dos el viejo casco urbano. Es como una boda de rumbo entre la ciudad y el llamado Progreso de aquellos días. Allí aparecen los grandes hoteles, los cafés con terrazas y las tiendas modernas; brota una iluminación de altos candelabros edilicios y suenan las bocinas de goma de los primeros taxis, de marcas onomatopéyicas: Renault, Charron, Darracq. Es la Avenida de Mayo, la fulgurante y francesa Avenida de Mayo, muy Baron de Haussmann, que termina en "El Pensador" de Rodin y en un capitolio para parlamentarios encuadrado en mármol. Simultáneamente, en ese principio de siglo, Buenos Aires se afrancesa y aparece el "petit hotel" como vivienda de familia acomodada, repetido hasta la locura; los jardines con estatuas ecuestres y segadores de bronce de la Avenida Alvear; el gusto por las flores ceremoniosas, en calidad de "retribución de atenciones"; las conferencias de hombres de letras extranjeros; el viaje a París, sin el cual no parecía ser feliz nadie. Eran los albores del nuevo siglo, con su frenesí decorativo de Exposición Universal. El Buenos Aires colonial y romántico, con sus lavanderas negras al borde del río y sus compadres de escarbadiantes, sucumbe. Sólo queda entonces —y todavía queda hoy defendiéndose desesperadamente de la arquitectura funcional— un poco de barrio sur con rejas, novios de cancela y esas glicinas, musculosas y reptantes, con racimos de azul en primavera, que caminan como seres vivos tan desafortadamente, que pasan de casa en casa y llegan a distancias de ciento cincuenta metros, atravesando linderos y remontando tapias. Las glicinas más bellas que yo he visto.

Buenos Aires, sin embargo, es tan rápido, que la Avenida de Mayo muere a su vez o, mejor dicho, queda convertida en cementerio de una ilusión finisecular, cuando todavía su hermana, la Gran Vía de Madrid, no había sido terminada siquiera. Ya la Avenida de Mayo es el pasado inmediato. El "pastiche" de una Europa circunstancialmente equivocada. El error de un neoclásico al alcance de todas las imaginaciones. Se podría decir que hoy la Avenida de Mayo es la cortina de hierro del Buenos Aires del Sur, el término del Buenos Aires del Norte, el aristocrático, que es el único Buenos Aires que conocen habitualmente los viajeros rápidos, los de las misiones especiales y congresos.

Buenos Aires—se ha dicho muchas veces—está dividido en dos barrios: el Norte y el Sur. Pero ésta es una interpretación cartográfica y social de la capital argentina. Sus dos verdaderos barrios, en realidad, son el de abajo y el de arriba, separados en sección horizontal con un corte teórico de edificios. Abajo, el urbanismo impecable; la gracia escenográfica de las vidrieras comerciales; las grandes tiendas; las cascadas de corbatas y medias de seda; los bares; los caramelones giratorios de las peluquerías; los "palacios de la suerte" con sus telones de décimos para el próximo sorteo; el mármol y el bronce de los bloques bancarios, que, no se sabrá nunca por qué razón, tienden hacia la arquitectura de cementerio; y una multitud limpia y clara, vestida casi toda ella de nuevo gracias al poderoso crédito personal de América, que circula por las calles como podría circular el caviar en masa, si se pusiera un día en movimiento. Arriba, lo provisional, lo incierto, la duda... En el que se podría llamar barrio de arriba, las azoteas tienen alturas contradictorias y se detienen caprichosamente. Todavía hay casas de un piso y hasta de ninguno—sólo de planta baja—junto a rascacielos, algunos de una belleza, de una pureza de línea y tan prodigiosamente emplazados, que dudo mucho que existan en el mundo, incluyendo Nueva York, latifundios de cemento más bellos. Me refiero, en particular, al edificio del Cavanagh, arista y proa de un Buenos Aires blanco que parece enfilar su puerto y avanzar al encuentro del pasajero que llega por el mar de Solís; de un Buenos Aires que luego descubre su sinsombremismo—la falta de tejados—, sus desniveles de altura en las viviendas; su graciosa y anárquica indecisión y provisionalidad a la hora de encaminarse hacia las nubes y detenerse.

En este Buenos Aires espeso, que tiene toda la pampa por delante para extenderse y cuyo primer obstáculo serían, en todo caso, las pequeñas sierras de Córdoba, a 900 kilómetros de distancia, los terrenos de edificación son disputados ferozmente. Ya en la calle Florida, la vara cuadrada de borde debe de valer tanto o más que la vara cuadrada de pintura de Velázquez o del Ticiano. Sería interesante en estos días calcular si, vendido en bloque el Museo del Prado, podría obtenerse el dinero necesario para comprar las dos márgenes comerciales de los 1.200 metros de longitud que tiene la calle Florida. Hay quien cree que no. En todo caso, ya no es posible adquirir el terreno necesario para ser sepultado en el Cementerio Norte, en el de la Recoleta, por menos de 400.000 pesetas—al precio a que está la vara allí—, y yo me hacía la ilusión, cuando vivía en Buenos Aires, que no podría morir nunca por falta de medios económicos. Buenos Aires actúa en el país como una fuerza centrípeta. Sólo es posible registrar la importancia del gran Buenos Aires en el mundo americano, y principalmente en la América del Sur, anotando que su último presupuesto municipal—el presupuesto estricta y administrativamente bonaerense—alcanza la cifra de 327 millones de pesos y que su población actual, con los Municipios circundantes, virtualmente absorbidos, equivale a la tercera parte de la población argentina y es mayor, y en algunos casos mucho mayor o muchísimo más numerosa que las poblaciones de Venezuela, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Haití, Santo Domingo, Uruguay, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Costa Rica y Panamá, e igual a la de Chile y Cuba. Nada menos que 75 millones de pesos pagan a la Municipalidad en Buenos Aires los propietarios de fincas urbanas por el servicio de alumbrado, barrido y limpieza de las calles. El "servicio", ya se sabe, es de las cosas más caras en la Argentina.

Es esta apretada multitud, entre asfalto y ladrillo, la que pone a Buenos Aires en trance de estallido durante los días laborables, y la que lo abandona al silencio y a la oquedad los domingos; la que se juega de cinco a siete millones de pesos en una sola tarde de hipódromo; la que se aprieta, se enardece y juega de jugador número doce en los campos de fútbol; la que levanta las lonas de sus embarcaciones deportivas en el delta del Paraná y descubre una vez a la semana, por lo menos, ese albor y ese rubor de América virgen, como de América no aparecida aún, que tienen todavía sus islas paradisiacas; la multitud que traspone los 20 o 30 kilómetros de los barrios residenciales y dedica la jornada a vivir el milagro vegetal argentino, húmedo y veloz, en los chalets del llamado estilo californiano y en las

quintas del siglo XIX, como las que quedan en San Isidro, que tiene naranjos en las aceras, rejas andaluzas en las ventanas, una reliquia del santo de Madrid, enviada por el último rey de España y la paz...

Después está la Pampa. Buenos Aires mismo ha nacido de la Pampa y del río color de león que la cerca. Desde Buenos Aires se puede ir en taxi a la Pampa libre, como de Río de Janeiro a la selva tropical. Una hora de tren desde el corazón de la ciudad y ya empieza. Empieza donde terminan los puntos suspensivos de la edificación de suburbio en su marcha hacia la conquista del horizonte; y allí está, al alcance de cualquier mirada, la tierra argentina, la vasta tierra argentina, con sus miles de kilómetros, sus mieses doradas, sus ganados bíblicos, el punto lejano y movedizo del hombre a caballo y las líneas metálicas de las alambreadas, meridianos del rico en leguas que han costado casi siempre más que la tierra que cercan y definen como propiedad. Allí está el medio millón de hectáreas de la familia Alzaga Unzué y el otro medio millón, aproximadamente, de los Anchorena; las 300.000 hectáreas de los Luro y las más de 100.000 de otras dinastías de estancieros, como los Pereira Iraola, los Guerrero, los Leloir, los Santamarina, los Pereda, los Duggan, los Martínez de Hoz y muchos más. Cincuenta grandes familias poseen cerca del 20 por 100 del terreno de la provincia de Buenos Aires, la provincia-reina, la provincia más rica de la República; es decir, lo mejor de sus cereales, de sus ganados, de sus campos de girasol, que, contemplados en su extensión argentina, parecen alegres carnavales de plantas. Un norteamericano, Archibald Mac-Leish, dice que la Argentina ondula en la mañana más allá de las colinas, como el mar más allá de los cabos. "País—añade—donde las distancias de una casa a otra son tan grandes como el ladrido de los perros en la noche más silenciosa y donde el gallo ha de cantar dos veces porque no se le responde. Un país tan llano que el tiempo parece inmutable y un siglo es como otro; tan vacío, que nada interrumpe la línea del horizonte. El cielo es tan inmenso, que los hombres plantan islas de eucaliptos en torno a sus casas para defenderlas de tanto azul. Un país de espacio tan grande que todas las visiones terminan en la eternidad. Es el país sin piedras, el país del pasto, en el que la hierba crece y crece como el agua y las perdices siguen al arado, como las gaviotas acompañan al navío..."

Esta comparación de la tierra argentina con un océano valora, sin duda, nuestra interpretación del gaucho. Yo he visto gauchos, pese a quienes creen en la Argentina que los hombres de la ciudad no pueden ya ver gauchos o no los reconocerían si los viesen. Es un hombre de la mar. Su mar es la llanura infinita; sus puertos, los "boliches" o pequeñas tiendas de "ramos generales", esparcidos por la lejanía; su embarcación, un caballo. El mismo reflejo de horizonte en los ojos, que se le tornan celestes. La misma caballescencia y el gusto de la ginebra. No es mayor el desprecio que un marino siente por el "homo terrestres" y por su lenguaje de tierra firme, que el del gaucho por el ser humano que no sabe echarle las "pilchas" a un tordillo, caer sin esfuerzo sobre la piel de cordero que cubre su silla o recado y darle a todo aquello la señal imperceptible—la magnética—del trote natural. Un trote corto, pero rápido y suave como el raso. No hay más finura profesional ni más gracia en la maniobra de un hombre de mar cuando abre su vela y se sienta al timón para beberse los vientos. El gaucho avanza también bajo el sol o bajo la borrasca. Lucha solo contra cualquier fuerza desatada. Ha de curarse sin ayuda, con su propia ciencia, si cae enfermo, lo que explica con frecuencia su longevidad, que es la longevidad del navegante y de todos los autárquicos en medicina. Tiene una mujer—una "china", la llama él—en cada pago, como el marino una novia en cada puerto, porque no otra cosa pueden tener los nómadas solitarios. "¡Qué lindo—piensa—andar bien montado y estar libre!" La sangre india, cruzada con la extremeña o andaluza, le hace triste. "El indio—se dice en la Argentina—no vive, dura." Es más triste que el marino, pero tan musical como él. Su acordeón es la guitarra. No pliega romerías, pero arranca una melodía de seda del cielo azul y la rasga. El gaucho, como el marino, aparece solo muchas veces en el centro del horizonte redondo, y un árbol o una vela en la distancia, es igual.

Pese a los escépticos argentinos, que juran que los ferrocarriles y Carlos Gardel acabaron con el gaucho, todavía esta raza ecuestre, este grupo humano a la jineta, cabalga. No se le puede ver, naturalmente, en los teatros; pero yo he conocido en San Antonio de Areco, el feudo de los Güiraldes, a varios de los reseros o pastores montados, compañeros de "Don Segundo Sombra", que arrearon con él torrentes de vacunos hacia los mataderos por los caminos polvorientos, a lo largo de cientos de leguas.

El gaucho es el personaje tradicional y entrañable de la vastedad argentina, con sus enormes latifundios. Se afirma que el latifundio, problema de aquellas tierras, es una consecuencia de la Constitución del 53, "obra de ángeles para ángeles". Al establecer la inviolabilidad de los bienes raíces, inició un proceso de acumulación y concentración de la propiedad rural. Las primeras colonias agrícolas se organizaron sobre la base de la propiedad familiar, de 20 cuadras españolas de extensión—la cuadra tiene 1.500 varas cuadradas—; estos campos, precarios en el inmenso mar de tierra de la Argentina, iban siendo abandonados después de varios años de labor, para buscar superficies vírgenes. Se produjo así un proceso de agricultura nómada que aún subsiste en algunas zonas de la República y que dió origen a la acumulación de leguas y leguas de campo entre los más sagaces y sedentarios. "Pero la tierra—se dice ahora—debe ser para los que tengan capacidad para cultivarla y voluntad para poseerla dentro de nuestra cultura y transición moral." Esta es la base de la nueva reforma agraria, aplicada, sin marchas forzadas, en ciertas extensiones del país.

El campo argentino y la capital argentina, Buenos Aires, son, en cierto modo, una contradicción. "Buenos Aires—escribe Erly Danieri, una discípula de nuestra María de Maeztu—representa el progreso; el campo, la tradición. A Buenos Aires se le identifica con Europa y al campo con lo vernáculo. Verdad en parte ilusoria, verdad a medias, como sucede con las verdades populares. Sin embargo, habituado a la grandiosidad de Buenos Aires, el porteño se siente eje de un sistema al cual da luz y normas; el hombre del interior acepta a regañadientes esta tutela y, más apegado a abolengos y tradiciones, desdeña el conglomerado cosmopolita de

la capital. Es un resabio también de la lucha que abarcó en la Argentina todo el siglo XIX; antagonismo que dió color a la historia del país y aun a su literatura, poniendo a los unitarios frente a los federales y a las páginas de "Facundo" frente a las del "Martín Fierro", epopeya del campo."

El campo argentino, no obstante, es la tremenda, la inexorable fuerza argentina. Un ejemplo: hay allí cien millones de cabezas de ganado diverso. Toca a seis cabezas de ganado por habitante. De esos cien millones, treinta y cinco son de vacunos, cincuenta y uno de lanares, seis de porcinos, siete de equinos y tres de caprinos, más medio millón de cabezas asnales y mulares. Entreguémonos ahora a la fantasía ante esta realidad. Se ha dicho alguna vez que la Argentina no necesita obras de defensa en sus costas, porque en caso de alarma, bastaría con arrear sus ganados hacia el litoral para que ninguna fuerza de desembarco pudiera atravesar tan hosca, movediza y espesa masa de animales. Los expertos de arte militar—más realistas—podrán decir la última palabra sobre la eficacia del sistema, y cualquiera que sea el informe, reconozcamos con emoción que el plan arrastra en su teoría un fuerte aire bíblico.

* * *

Mientras tanto, Buenos Aires recibe cada año en su recinto urbano la más brillante y lucida representación de esta riqueza, llegada en ejemplares de selección desde sus cabañas y "studs". Son las exposiciones nacionales de ganadería. Buenos Aires vive un poco a espaldas de la vastedad agropecuaria, pero el campo llega y penetra en la ciudad. Es una concentración de más de 3.500 reses preclaras, a las que hay que añadir 2.000 aves de razas tan distinguidas y tan diferentes de las que estamos acostumbrados a ver en los corrales populares de la mayor parte de las naciones, que se diría que ni pertenecen siquiera a la familia. A este concurso, seguido de una distribución de premios, con cocardas y cintas para adorno de los vencedores, y de una subasta apasionante y apasionada, llegan los toros Shorthorn, rizados y lentos, con su cornamenta embrionaria; los Hereford, jaboneros, de pestañas rubias como las de cualquier dama escandinava; los Aberdeen Angus, negros y definitivamente huérfanos de cuerna como leones marinos, a los que se parecen... Estas reses, engordadas a presión, relucientes, babeando sus molendos de rumiantes, avanzan hacia los Jurados como paralelepípedos, como muebles, como cómodas forradas en piel, precedidos de la argolla. Y pasan también las vacas holandoargentinas, con su cartografía blanquinegra y sus fábricas de leche colgantes, como en los lienzos de Potter; y los caballos de las razas y mezclas más definitivas, desde los pura sangre finos y veloces a la vieja manera inglesa, hasta los percherones—los de Frisia—, de patas melenudas; y los cerdos rosados, como debieron de gustarle a Brillat Savarin cuando los llamó ángeles de la suculencia, suaves y rosados como niños, o plomizos, magros y altos, casi asnales, como los de Extremadura. Pasan asimismo los merinos australianos, que más que cuernos tienen caracolas, envueltos en un cirrus blanquísimo que produce hasta 10 kilos de lana en esquila, y los Lincoln neozelandeses, de pelo trefilado en cuerdas hasta el suelo...

Hace más de cincuenta años que se celebran estas exposiciones, estos concursos, estas subastas, a las que acude todo Buenos Aires como a una "kermesse" zoológica. Buenos Aires cumple así con el campo argentino, una vez al año, como si fuera de precepto. Y todo el cemento y el asfalto y el cristal de la ciudad, todo el charol de sus automóviles, todas las luces comerciales, zigzagueantes en la noche, y el Jockey Club y la Casa de Gobierno, parecen empequeñecerse durante unos días y llenarse de una justa modestia.

* * *

Los enormes silos y elevadores de grano del puerto de Buenos Aires le recuerdan también al porteño las verdes y rubias mieses de sus tierras. Aquello es como cereal envasado provisionalmente en cajas gigantescas, en espera de bodegas y banderas de todos los países. Normalmente, Argentina suele recoger cinco millones de toneladas de trigo en un año. Las últimas siembras fueron de 3.500.000 hectáreas de trigo, 1.800.000 de lino, 2.100.000 de avena, 880.000 de cebada, 1.800.000 de centeno y—lleguemos ahora al estupor—37.000 hectáreas de alpiste. Del maíz se tienen en estos últimos tiempos peores impresiones. Es, se afirma, el grano maldito, resto alegre y confiado de una embriaguez de grandes monocultivos. Durante la última guerra se quemaba maíz en la Argentina por falta de carbón y aun se exportaba—al Uruguay, por ejemplo—como combustible. Alimentaba hornos, empujaba locomotoras, producía... Yo he escrito muchas de las 3.000 crónicas enviadas desde Buenos Aires a Madrid en siete años, con luz eléctrica de maíz. He consumido así, en forma indirecta, parte de los cuatro millones de toneladas de maíz por año que crepitaron en las calderas de la Argentina últimamente.

Este fracaso del maíz como cultivo intensivo ha puesto en guardia al argentino, que trata de diversificar sus siembras por consejo del Estado y con su ayuda. Hay ya 30.000 hectáreas de tierra destinadas al olivo. La provincia de Mendoza es y será la reina del olivo, como lo es de la vid. Es una tierra rica, con mucha agua y larga tradición. La olivicultura argentina—proyectada sobre el futuro—prueba por otra parte, la transformación de aquel campo desde que Carlos Casado del Alisal, un español, fundador de la ciudad de Casilda, envió por primera vez trigo argentino al mundo. A aquel campo van hoy también los hombres sin impaciencias, los que labran para generaciones y desdénan a los que se lo juegan todo anualmente a la suerte de una cosecha. Son hombres para el lujo del cultivo lento, reclinado en el tiempo; hombres de huella, que crean agricultura y dejan también paisaje.

* * *

El campo argentino, sin embargo, continúa planteando el problema de su levedad demográfica estacionaria y necesita con cierta urgencia, de nuevo, aquella oleada de inmigración que a principios de siglo rompió en las costas del país. Necesita más brazos, más impulso, más sangre nueva; pero exige que ese ímpetu no continúe apelmazándose en las ciudades, ya superabundantemente dotadas de parasitismo, sino que se derrame por el agro. He ahí el riesgo que intenta soslayar la actual política inmigratoria de la Argentina. La Argentina pretende, en cierto modo, seleccionar para dicha política los grupos humanos más adaptables al país y con mejores calidades para fundirse o incorporarse a la nueva vida. En buena ortodoxia democrática, no acepta el mundo ningún desnivel, ninguna diferenciación de razas; pero naciones tan eminentemente, tan ejemplarmente democráticas

como los Estados Unidos de Norteamérica, iniciaron ya en 1921 un sistema de cupos de inmigración por nacionalidades, convertido en ley permanente en 1924. Por esta ley, los Estados Unidos sólo abren sus puertas al dos por ciento de los ciudadanos de un país cualquiera en relación con el número de sus compatriotas residentes en los Estados Unidos en 1890. Está claro. Hasta 1900, la masa humana que llegó a los Estados Unidos procedía del norte de Europa: irlandeses, escandinavos, alemanes. Luego llegó la gran corriente italiana, rusa y balcánica, que los norteamericanos consideran menos asimilable. Se trata, pues, de una ley selectiva, basada en intereses nacionales de primera fuerza, pero que no puede ser considerada exactamente como de esencias democráticas y antirracistas. La Argentina, en el fondo, también enfoca su problema de inmigración con ese criterio. No quiere el alud desordenado y confuso de otros tiempos. Prefiere contingentes humanos determinados, como los que pueden llegarle de Italia y España, cuya colaboración franca y leal en la grandeza del país está probada. Ellos, españoles e italianos, fueron los que se entregaron alegremente a la aventura de la colonización; los que no se quedaron siempre en las ciudades por mezquindad imaginativa, ni formaron grupos insolubles o tercios aislacionismos. En no pocas ocasiones ha declarado la Argentina su preferencia por esta inmigración de españoles e italianos, porque es consustancial con su vida misma, con su realidad de nación. Probablemente, más de dos millones de italianos residen hoy en la Argentina. Y un millón de españoles. Su trabajo es tradicionalmente honesto y la mayoría de ellos están fundidos, con sus familias, en el fondo vital argentino. Son los que han perdido, no la ilusión del retorno, sino la libertad de retorno, retenidos por la fuerza de aquellas tierras. Por lo menos, en los españoles, esa ilusión del retorno, que no llega a producirse casi nunca, se convierte con frecuencia en una permanente nostalgia de España llevada a ámbitos regionales y exacerbada en ellos. La Argentina no ha congregado en una sola fuerza, unida y ejecutiva, a sus residentes españoles. Los españoles están allí agrupados en islas de melancolías; balcanizados, tibetizados, como se dice ahora; atomizados por el infinitamente pequeño culto comarcal. Hay más de 200 sociedades españolas de recreo o de socorros mutuos en Buenos Aires. Hijos de un pueblo o de otro, de tal o cual provincia, o de un partido judicial. Los de Mondego tienen su asociación, y los de Cangas, la suya. Los más serios parecían los andaluces, que fundaron el Hogar Andaluz; pero poco después se producían escisiones en la confraternidad bética y se organizó el "Patio Andaluz", y a continuación—se dice—"El Patinillo", y más tarde, "La Cancela", y luego "La Reja"... En mis últimos días de Buenos Aires circulaban noticias optimistas sobre la probable fundación de una nueva sociedad, "La Maceta", que también quería representar, por cuenta y riesgo de su cuadro artístico, obras de los hermanos Alvarez Quintero. Pero estas cuestiones las dirimen los españoles entre sí, y a pesar de sus pequeñas querellas, más bien pintorescas, forman un bloque humano de gravitación decisiva..

* * *

El Almanaque de John Kieran, de Nueva York, afirma que en la Argentina se hablan dos idiomas: el español y el italiano. Juro que se trata de una tremenda equivocación del Almanaque de Kieran, inconcebible en una obra tan documentada y minuciosa que llega a advertir que en los estados del Vaticano la religión que predomina es el catolicismo. No, no se habla el español y el italiano, sino el español, sencillamente y totalmente. La gran aportación italiana a la vida argentina no ha amenazado nunca a nuestro idioma; no lo ha conmovido. Un poco de genovés o de napolitano, mezclado con cierto castellano en los sainetes del teatro criollo, como nota pintoresca o costumbrista, y eso es todo. Del español que se habla en la Argentina al castellano de Castilla hay quizá menos diferencia que el que distancia a nuestra lengua muchas veces en dos regiones españolas. Una guía azul de la Argentina, editada en Italia por el sistema Baedeker, en 1932, ofrece un corto vocabulario criollo, de unas cien palabras, en el que no pasan de veinte, a lo sumo, las que en verdad pueden ser definidas como argentinismos. Se dan como voces argentinas muchas que no pueden ser más españolas; como alcaucil, alzar—por huir—, almacén, barraca, cabildo, cigarrería, caña—por aguardiente—, salinas, etc. La guía se ha equivocado, y la verdad, la exacta verdad, es que el castellano que se habla hoy en la Argentina no está en el declive de la degeneración, como se ha dicho algunas veces, sino bien puro y, en ocasiones, hasta con la extrema pureza de lo arcaico, conservado entrañablemente en las familias de campo. Hubo un tiempo de peligro a principios de este siglo; fué cuando la fuerte corriente inmigratoria colocó al habla en una encrucijada. Apareció el riesgo de que se desfigurase el lenguaje con algo de todos los idiomas del mundo, en una mezcla inverosímil de incorrecta pronunciación y hasta de aplicación incorrecta. El teatro de costumbres explotó aquella circunstancia con sus sainetes de arrabal, y por un momento estuvo la Argentina a punto de caer en el error—que ha sido también, en su día, un error de los españoles—de presentar las maneras y vicios populares como características de la vida nacional. Esta tendencia, sin embargo, quedó pronto aislada en los recintos teatrales, mientras grupos de ciudadanos cada vez más extensos luchaban por la pureza del castellano desde los cargos públicos, desde los grandes diarios, desde sus asociaciones y academias. "Mala señal—decían—es la degeneración de la lengua de un pueblo; con ella se puede llegar a la degeneración de una raza." Y cuando la mixtura hablada y celebrada en algún sector del país intentó extenderse por todos los ámbitos a favor de la radiotelefonía, un Gobierno le cortó estas salidas torrenciales con disposiciones de urgencia en favor del idioma. "Como un imperativo—dijo—debe repercutir en la conciencia de los argentinos la consigna de velar por la pureza de nuestra lengua castellana y evitar su degeneración, que puede presentarnos ante el mundo como rodando por las pendientes de una decadencia que no existe. El idioma constituye el índice más destacado de la cultura de un pueblo." Y un diario de la importancia de "La Prensa" decía en aquella ocasión, como apoyo de las medidas oficiales, que el castellano fué desde el siglo XVI el ornamento de la gente bien educada. Y añadía: "Los juicios de Sarmiento acerca de España son pintorescos, pero las más de las veces están reñidos con la serena ecuanimidad. Se ha dicho que Sarmiento habló mal de España como sólo puede hacerlo un español. Pero el antiespañolismo es inconcebible hasta en el largo período de las guerras por nuestra independencia." Otro gran periódico, "La Nación", decía también: "La lengua es la base de la educación patria. Por eso, en los países de clara conciencia nacional, la enseñanza del lenguaje propio tiene una importancia extraordinaria. Entre nosotros, donde la población escolar evidencia tan claramente la confusa aportación inmigratoria, la enseñanza de nuestro idioma, la defensa de nuestro idioma, incorpora de hecho los hijos de extranjeros a la comunidad argentina." Y la batalla se ha ganado en pocos años, contra oleadas y borrascas de croatas, búlgaros, rumanos, holandeses, polacos del

norte y del sur, gentes del Líbano, naturales de Georgia, vecinos del Cuerno de Oro y nativos de Oskub. Fué, como se afirmaba entonces, "un alegre deber de la nación y de todos nosotros".

* * *

En este reportaje rápido de la tierra argentina y de los argentinos, os quiero presentar también la ciudad de Mar del Plata, que ha brotado hacia el sur del Atlántico de los médanos de la costa Galana, como la llamó Juan de Garay. Era un pequeño puerto de pescaderos sicilianos antes de 1907. En 1907 se la declara ciudad. Había llegado hasta allí una locomotora con chimenea de borde de latón, como los cigarrillos egipcios, y algunos señores y señoras de Buenos Aires, a la buena y absurda moda de la época. Es una ciudad de ayer; de cuando se gestaba en Europa "la primera de las últimas guerras mundiales"; de cuando presidía la nación el vicepresidente Figueroa Alcorta, por fallecimiento del presidente Manuel Quintana; de cuando los changadores o cargadores de los almacenes españoles del barrio sur de Buenos Aires trabajaban "en pañales" y alineaban en la cinta de su sombrero ancho y negro cinco o seis palillos de dientes con tanto orgullo como un cazador prusiano de traje verde y botones de asta de ciervo, a la bávara, exhibe en su sombrero una brocha de pelo de corzo; de cuando se preparaban las fiestas del centenario de la Independencia y el pueblo esperaba a la Infanta Isabel; de cuando llegaba la gran ola de emigrantes de todo el mundo con sus pequeños baúles de madera y hoja de lata, empapelados por dentro con cielo de capillita, como habían llegado años antes al Klondike en busca de oro, y de cuando aparecieron en Buenos Aires, entre mármoles y "vermeil", a la vienesa, esas grandes confiterías que son "La París", "La Ideal", "El Molino", "El Aguila" y "Los dos chinos"... En cuarenta años, Mar del Plata se ha convertido en una ciudad veraniega de tal fuerza, que más de medio millón de seres pasan por sus playas durante cada temporada; en la más alegre y risueña concentración de grandes hoteles, chalets y "villas" que puede imaginarse. Su crecimiento es tan veloz, que ya se derriban, para construir otros, los primeros grandes hoteles, como el Bristol, con todas sus borlas, visillos de encaje, confidentes y el ascensor-jaula para elevar a los pisos cuellos de pajarita y sombreros con plumas de avestruz. Con la desaparición del Bristol desapareció de allí también la época que ignoraba las vacaciones de los empleados, de los obreros, de los "boys scouts" y hasta de los sirvientes; todos se acercan hoy a las mesas de juego del Casino con una familiaridad que sólo podía registrarse en Montecarlo a fines del siglo pasado, en el noble gremio de los lores. Porque la gran atracción de Mar del Plata, por encima del clima atlántico y de la sorpresa de su edificación en piedra, es el juego, hoy nacionalizado y al servicio de la beneficencia estatal. Un hombre de Navarra, Silvestre Machiniandarena, organizó esta fabulosa máquina de dividendos con su equipo de profesores, enlutados y sin bolsillos, que llevó desde nuestro San Sebastián, desde el San Sebastián que tenía entonces un magnífico "seminario de croupiers". Fué una organización poderosa. En Mar del Plata llega a jugarse más de un millón de pesos al día. Los beneficios son incalculables. Hoy es el propio Estado el que administra este renglón y distribuye las ganancias entre las instituciones de caridad. Mientras tanto, Mar del Plata avanza hacia el sur, dominando médanos, a un ritmo de más de treinta millones de pesos de construcción urbana por temporada. Y cada año aumenta esta cifra, esta inflación de chalets y hoteles, porque la masa humana de Buenos Aires y del interior inunda ya las costas en los meses de verano y las unta de multitud. Y es que el clima de Mar del Plata tiene todos los vientos y todas las fragancias marineras. Un familiar de la costa cantábrica se encuentra en Mar del Plata con temperaturas y borrascas íntimas, con galernas y brisas que no ha podido olvidar. También en Mar del Plata la boina vasca es una consecuencia del horizonte y del rizo atlántico y hasta de la edificación, y no se la pone nadie a su manera, sino como quiere el viento, que siempre es el que sabe más de la elegancia de la boina y el que le da a la boina, por último, el toque definitivo. En Europa, seguramente Biarritz es lo que más se parece a Mar del Plata. Las mismas "villas" con jardines reducidos, porque los terrenos tienen ya cotizaciones de esmeralda; el mismo exceso de urbanismo al borde del Océano y el mismo comercio de sucursales de las casas de París y de Buenos Aires, alegre y caro. El éxito de Mar del Plata como lugar de veraneo es tan grande, que está a punto de ser reconocido como lugar de invierno también, suprema aspiración de las grandes playas. Sólo cuando las grandes playas llegan a desdeñar las muchedumbres de calendario fijo y acaban por entregarse íntimamente a una minoría de aficionados a marejadas y chubascos en los meses invernales—como San Sebastián o San Juan de Luz—, es cuando alcanzan la categoría suprema.

* * *

Pero las playas no acotan ni monopolizan el entusiasmo de los argentinos. Su pasión es el hipódromo o los hipódromos. Un día de carreras en las pistas de Palermo o San Isidro es una migración fulminante, en toda clase de vehículos y trenes eléctricos rapidísimos, de Buenos Aires al suburbio. Algo así como una explosión de ciudadanos electrizados por una corriente continua de informaciones hípcas que previamente les sirve la prensa todos los días. El pueblo llano, y no sólo los socios del Jockey Club, acude a estas pruebas con su erudición de periódico y su esperanza de convertirla en ganancias. Y cuando fracasa en los cálculos, discute el error, que nunca, naturalmente, ha sido suyo, y se consuela exaltando en último término la grandeza ecuestre de la Argentina y la finura y brío de sus jinetes. Cuando murió "el negro Acosta", que no era negro, sino mestizo de indio, pude darme cuenta de su enorme popularidad. Nadie era entonces más popular que Acosta, como no fuera otro jockey, el uruguayo Leguisano. Las primeras ediciones de los periódicos de la tarde no alcanzaron por un pelo a publicar la noticia de la muerte de Acosta; pero los vendedores la daban de palabra, como un deber, al entregar el diario. Y aun suministraban una información ampliatoria, si se les pedía, contando detalles del deceso.

* * *

El fútbol es todavía más popular; más popular, podríamos decir, entre el pueblo. Hay domingos en que Buenos Aires entrega cerca de 350.000 espectadores a este deporte. Dos stadiums de 70.000 localidades cada uno, el del River y el del Boca, absorben el cincuenta por ciento de esta "producción" de público; los demás campos de juego, de capacidad ligeramente inferior, se distribuyen el resto del entusiasmo, de la pasión y de los gritos de aliento. Es tan sustancioso el negocio, que está hoy a punto de quebrar. Los jugadores pretenden haber forjado ese mag-

netismo con su pedifectura impecable y exigen, en suma, una participación en los beneficios y ciertas seguridades como gremio. Los clubs dicen que ya están hartos. El último campeonato no ha terminado y se mantienen puntos de vista irreconciliables. Hay como una gallina de huevos de oro perfectamente preparada para morir por demasiado ponedora...

* * *

En la Argentina se puede asistir, aunque también parezca mentira, a una final de polo con 30.000 espectadores. Treinta mil espectadores que pagan muy cara su localidad y aun que la persiguen y logran con influencias, además de pagarla. Hasta ese punto apasiona allí, igualmente, un partido de polo. Hay, en primer término, la pasión por el juego; pero también el gusto del argentino por la habilidad ecuestre y su entusiasmo por los caballos. En este caso, son los famosos "petisos", tan ágiles y elásticos, tan veloces, que se disparan hacia la bola como un tiro. Algunas de estas jacas llegan a valer hasta 20.000 pesos cuando están bien adiestradas y entrenadas. La "flota" de un jugador de polo de primera clase, que debe mantener su prestigio y su diez de "handicap", es con frecuencia de 15 unidades. Un deporte caro en la Argentina también. Pero un deporte popular al propio tiempo, con su pasta, con su jalea de multitud en las graderías, desde que un equipo argentino realizó la hazaña de vencer a los norteamericanos.

* * *

Sin embargo, el juego de polo es exótico. Todos hemos oído decir alguna vez que es persa. Y los argentinos exhuman ahora su tradicional lucha del "pato", a la hora de competir a caballo en una destreza deportiva. Era en otros tiempos la diversión favorita del paisanaje. Se practicaba por el sistema de uno contra todos y todos contra uno. El número de participantes podía ser infinito. Se lanzaba entre la masa de jinetes un saco redondo de cuero, con un pato casero dentro, y todo consistía en que cualquiera de los participantes se apoderase del trofeo y huiera ante el escuadrón de sus perseguidores, que intentaba arrebatarlo. Ya "Concolorcorvo" se refiere al juego del "Pato" en "El Lazarillo de ciegos caminantes", aparecido en 1773, y cuenta algún caso curioso relacionado con estas batallas. "Al que vence—escribe también el marino español José de Espinosa y Tello, que viajó por el Río de la Plata hacia 1794—, todos le vitorean y le llevan a su rancho o al rancho que frecuenta o al de la dama que pretende, entre aplausos y zambra. Reinan todavía entre estas gentes muchos restos de la antigua gallardía española." Era un juego brutal, sin embargo. "Los paisanos—afirma Emilio Solanet—corrían así leguas y leguas, trillado el campo por los cascos y marcado por los contusos y muertos, como después de un malón de los indios." La Iglesia llegó a excomulgar "como miembros corrompidos" a quienes practicaran tal diversión, y negó la cristiana sepultura "a aquellos que llegasen a fenecer en un juego tan bárbaro." En 1840, el gobernador Juan Manuel de Rosas decretó penas mucho más severas que las que había dispuesto el Gobierno colonial; éstas sólo consistían en cien azotes y dos años de trabajos forzados para los reincidentes. Rosas agravó los castigos a pesar de haber sido él, en sus años mozos, como entusiasta y violento hombre de campo, un participante activo, con garra de campeón, en tan fabulosas galopadas, más guerreras que deportivas. Hoy se juega al "pato" sin violencias. Se le ha peinado. Hay un reglamento y una Federación. Compiten cuatro jinetes contra cuatro en un terreno de dimensiones iguales a las del polo. Y se hace "goals" en sus dos metas, con sus dos redes altas como las del "basket". Verdadero "rugby" a caballo, conserva, a pesar de la vigilancia reglamentaria, el brío, la bravura y la dureza de aquellas viejas y ásperas galopadas. La descomunal quereña a caballo de otros tiempos se ha convertido hoy en uno de los espectáculos deportivos más bellos.

* * *

Este reportaje de la Argentina ha de ser breve, fatalmente. Lo limitaré a una panorámica de aquellas tierras y de aquellos hombres. A una síntesis de su fuerza de expansión. Habría mucho que decir de sus hombres de letras, del pasado y de hoy; de sus periódicos, de sus academias, de sus artistas... Pero prefiero insistir por ahora, en la fuerte atracción que ejerce su suelo, en cierto modo magnetizada, sobre el hombre de Europa. Aquel cielo azul tendido sobre el infinito, es inolvidable. Pasarán siglos, y ni Buenos Aires siquiera, avanzando con su asfalto inexorable sobre el campo, podrá disminuir en nada tanta vastedad. Tiene un horizonte redondo, como los océanos, y el firmamento ajusta en cualquier punto de la circunferencia como un fanal. También pasarán siglos y el arado podrá seguir penetrando en humus—la virginidad de la tierra—a lo largo de cientos de leguas. Yo he visto ese humus en sección vertical, cuando se abren zanjas o se excava el suelo para plantar casas. Es fabuloso. En los barrios residenciales cercanos a Buenos Aires, el humus rompe las baldosas de las aceras, las fragmenta y pasa a través del casquete con su tremenda vida vegetal.

He vivido en la Argentina como un argentino: en sus ciudades, en sus campos, en sus estancias. Conozco el ondulado tan castellano de aquellas sierras de Córdoba y las plantaciones de caña de azúcar de la Tucumán, vistas como un mar de esmeralda desde el Aconquija. ¡El Aconquija, que empieza en orquídeas y termina en pinos! Estuve en Salta y Jujuy, a las que llegan con sus caballerías todavía ibéricas, y a veces con sus llamas, los nativos del altiplano. He recorrido playas virginales aún a través de muchos kilómetros de médanos, y otras, como las de Pinomar y San Clemente del Tuyú, que improvisan hoteles y chalets sobre la arena calcinada a un ritmo vertiginoso. En aquel medio natural, muchas veces contradictorio; en climas diversos, desde el subtropical de vegetación húmeda y fastuosa, hasta el que envuelve en fríos grises de balada escandinava los lagos del Sur, viven los argentinos en una clara unidad biológica y espiritual. Las diversas peripecias del medio apenas modifican sus maneras externas; en el fondo, todos participan y son una consecuencia de la tierra y del futuro argentino, que es, paradójicamente, su mejor realidad de hoy.

La Argentina recorrerá con los años un camino que no podemos imaginar siquiera. Tal es su ímpetu y su fuerza. Pensad en una Argentina de cien millones de habitantes, es decir, seis veces más poderosa que hoy, y empezará a comprender. Yo he dejado a la Argentina en el trampolín, preparada para el salto. Será, os juro, un maravilloso espectáculo.

J A C I N T O M I Q U E L A R E N A